

El problema económico del consumismo: Formas modernas de una satisfacción tanática

Leandro Andrada

Psicoanálisis y Cultura: Psicoanálisis y lazo social

Introducción

A principios del siglo XX, en “El malestar en la cultura”, Sigmund Freud analiza los procesos culturales a la luz de sus descubrimientos sobre las pulsiones de vida y muerte, explicando que es una condición vital para la humanidad su cohesión en una comunidad de manera que sea posible hallar formas de defenderse de los embates de la naturaleza, aunque la renuncia narcisista que se necesita para sostener esta nueva unidad genera hostilidad de los individuos hacia la cultura. El principio de placer debe ser sometido por el principio de realidad.

El sociólogo polaco Zygmunt Bauman en su libro Vida de consumo pone de manifiesto algunos de los rasgos más importantes de las actuales sociedades de consumo que muestran cómo las cosas cambiaron desde aquella época, con la emergencia de un modelo social que le permite al hombre recuperar parcialmente su antigua posición narcisista en la disolución de los ideales comunitarios, la degradación de los lazos sociales y la libre expresión del sadismo que según Freud debería ser sofocado en pos de la cohesión social.

Tomaré algunas de las observaciones de Bauman y luego conceptos freudianos con el objetivo de analizar estos fenómenos.

Narcisismo y degradación de los lazos sociales

En Vida de Consumo Bauman aporta algunas observaciones sobre características de las sociedades de consumo y sus potenciales consecuencias.

El autor realiza una distinción entre lo que llama sociedad de productores refiriéndose al modelo capitalista vigente en el siglo XIX y comienzos del siglo XX (época en la que Freud escribía su obra) y la sociedad de consumidores aludiendo al modelo actual.

En la sociedad de productores los protagonistas eran los trabajadores y la condición fundamental para obtener aceptación social era tener empleo. De esta manera, las personas trabajaban y se aguardaban de darse cualquier gusto o satisfacción ya que era necesario pensar que el futuro no los tome desprevenidos

y desposeídos. Acumular y postergar la dicha presente en pos de una futura hacían de la procrastinación un valor esencial en la sociedad de productores.

Si bien con el desarrollo del capitalismo el individualismo comenzaba a crecer, la gente aún era capaz de cohesionarse entorno a un ideal y pensarse como una comunidad. Aquello que pudiera perdurar en el tiempo era valioso para esta sociedad.

En la actual sociedad de consumidores el cambio es radical: La aceptación social se gana siendo un buen consumidor. No importa si se tiene empleo o no mientras pueda seguir las tendencias del mercado.

El pasado y el futuro carecen de importancia. La gente vive en un continuo presente en el que siempre es este el momento de aprovechar la oportunidad. A esto Bauman lo llama tiempo puntillista y destaca como consecuencia que las personas ya no postergan su satisfacción. La promesa y requisito de esta sociedad es alcanzar la felicidad inmediata comprando todo lo que el mercado ofrezca.

El flujo de productos que aparecen a la venta es incesante y continuamente se renuevan por modelos superiores obligando a los consumidores a estar siempre atentos a las novedades. Por esta razón el compromiso afectivo hacia algo (un objeto, una persona, un ideal) es depreciado ya que puede generar un estancamiento en el accionar consumista. De esta manera Bauman explica el individualismo responsable de la degradación de los lazos sociales.

También, si bien existen figuras reconocidas por ser ejemplo ya, en estas sociedades no hay líderes ni ideas que la cohesionen sino que el mismo flujo del mercado es el que arrastra a la multitud (ya no habla de comunidad) hacia el mismo lado.

Así, lo que tenemos en la actualidad es una masa de gente sin compromisos ni ideales que los una, sin miramientos por aquellos que quedan fuera del sistema, movilizados por la búsqueda de una felicidad individual sólo alcanzable a través de comprar hasta convertirse en un producto en sí mismos. Bauman afirma que el propósito crucial y decisivo del consumo [...] es elevar el status de los consumidores al de bienes de cambio vendibles.

Según Freud, la resignación narcisista que la humanidad debió realizar para formar una comunidad, produjo la existencia de ideales en los que se depositaban todas las aspiraciones que les fueron limitadas en la imagen de los dioses. Estos ideales, al igual que el ideal del yo del individuo, tienen la función en la economía psíquica de restituir al narcisismo dotándolo de todos los atributos del yo ideal de los primeros tiempos, pero los inmensos logros obtenidos por la humanidad en la dominación de la naturaleza la acercaron tanto a su ideal que casi se convierte en un dios ella misma aunque, como resalta Freud, un dios-prótesis.

Regresando a las observaciones de Bauman podemos afirmar que la sociedad de consumo, al modo de una formación de compromiso, permite al hombre cumplir la condición de vivir en una comunidad al

tiempo que recupera la satisfacción narcisista antaño resignada. Antes el hombre debía postergar su satisfacción o limitarse en ella en consideración de otro mientras que ahora ocurre lo contrario.

Es esta situación la responsable de que los lazos sociales se debiliten puesto que la libre satisfacción de aspiraciones individuales impide al hombre pensarse parte de una comunidad.

En “Psicología de las masas y análisis del yo” Freud sostiene que los miembros de la comunidad establecen un doble lazo libidinal: primero se establece un lazo libidinal sobre la figura del líder de manera que éste ocupe el lugar de ideal del yo, y segundo hay lazos entre todos los miembros produciéndose la identificación con el líder y entre sí a causa de su aspiración en común.

En esta sociedad ya no existen líderes que se posicionen como ideal del yo cohesionando a la masa. Las figuras populares obtienen su reconocimiento por cumplir con los requerimientos sociales pero el lugar del ideal es ocupado por la idea de ser un buen consumidor aunque el cumplimiento de este ideal conlleve al individualismo. A diferencia de lo sostenido por Freud en lugar de unir a la comunidad la disgrega.

El valor de los objetos de consumo

En el “Fetichismo” Freud explica que el objeto fetiche está altamente libidinizado debido a que posee la función de restituir el falo materno, ya que la percepción de que la madre no posee pene –está castrada– impresiona al niño de manera traumática por el peligro que implica para su órgano. Se produce, entonces, una formación de compromiso que consiste en erigir al fetiche como monumento recordatorio del horror a la castración.

Freud afirma: pues si la mujer está castrada, su propia posesión de pene (la del niño) corre peligro y en contra de ello se revuelve la porción de narcisismo con que la naturaleza, providente, ha dotado a ese órgano. Acaso el adulto vivenciará luego un pánico semejante si se proclama que el trono y el altar peligran, y lo llevará a parecidas consecuencias ilógicas.

Podemos pensar, entonces, a los objetos de consumo como fetiches dado que sirven para completar la falta del hombre indefenso ante los embates de la naturaleza.

En el acto de consumir el hombre se esfuerza por compensar sus imperfecciones y aggiornarse para adquirir un mayor valor social como si fuera él mismo un objeto. Con la emergencia de un nuevo producto surge un nuevo recordatorio del horror a la castración sólo mitigable a través del consumo que lo llevará a ser pleno como los dioses que la humanidad antiguamente veneraba.

El superyó de la cultura de consumo

Como exponía anteriormente, en esta sociedad el imperativo a seguir es el de satisfacerse individualmente sin dilación, representando una satisfacción narcisista valorada por el individuo aunque en perjuicio de la comunidad. De todas formas, esto no deja de ser un imperativo que si no es cumplido sobreviene el sentimiento de culpa y el castigo.

En “El Malestar en la Cultura” Freud supone la existencia de un superyó social manifiesto en las leyes y valoraciones éticas de cada cultura. El origen de este superyó, y de la cultura misma es reconducido al parricidio perpetrado por la horda de hermanos expuesto en “Tótem y Tabú” que hartos de la opresión de su padre odiado y amado lo asesinan para posteriormente, debido a la culpa sobrevenida por el acto, su poder regrese en lo que llama obediencia de efecto retardado. La figura del padre asesinado regresa admirada y con ella las prohibiciones son restituidas materializándose en las leyes, la ética y la cultura. En la sociedad de productores el incumplimiento de los valores éticos generaba la acción de este superyó produciendo un sentimiento de culpa y la ejecución de un castigo.

Actualmente, este superyó ha cambiado sus características ya que el incumplimiento de preceptos éticos ya no genera ninguna culpa, mientras que el no seguir el camino marcado por el mercado conlleva la afronta de la angustia y la exclusión social.

En la sociedad de consumidores la violencia y la agresión al otro están naturalizadas y de hecho es una de las pocas cosas que consiguen cohesionar a la sociedad aunque sea en intervalos breves: el odio a aquellos que quedaron marginados y sobre los cuales la agresión está legitimada. Este narcisismo de las pequeñas diferencias es un vehículo para la satisfacción del sadismo, proyección libidinizada de la pulsión de muerte.

Entonces, la presión que ejerce el superyó con su del imperativo que compele a la satisfacción narcisista si bien otorga placer por la falta de renuncias pulsionales presentes en épocas anteriores, también condena al hombre a correr una maratón eterna en la que los lazos con los otros se pierden y en muchas ocasiones, otros deseos no tan primarios como los que se permite satisfacer deben ser relegados para homogeneizar con las demandas superyoicas generando angustia y malestar.

Conclusión

El hombre ha evolucionado muy rápido y las creaciones que se suponían que debían ayudarlo a vivir seguro lo someten cada vez más a su disgregación y autodestrucción. Este modelo social manifiesta la pérdida de control del hombre sobre el ello y esta dificultad para sofocar las demandas pulsionales lo llevan a sentir un creciente malestar. El descubrimiento freudiano, inmortal por iluminar el funcionamiento anímico del hombre, nos otorga las herramientas para descubrir los mecanismos subyacentes en esta paradoja. Los tiempos modernos merecen que la obra freudiana sea retomada para

desentrañar sus particularidades y discernir la manera de ayudar a la humanidad a dominar los embates de la pulsión de muerte.